

LA POLITICA DEL MEDIO ORIENTE

Comenzó el año 1950 con un acontecimiento verdaderamente sensacional en el centro neurálgico de todo el Medio Oriente, que es El Cairo, al triunfar de modo rotundo y abrumador en las elecciones del 3 de enero (las primeras de la postguerra) el partido opositor del Wafd. No es que fuese una sorpresa sin precedentes, ya que en las elecciones de 1936 había logrado una mayoría del 87 por 100 de los sufragios, pero la larga permanencia en el disfavor real, las secesiones múltiples experimentadas, los triunfos palpables de la coalición saadista-liberal, que consiguió al fin la anhelada evacuación británica de Egipto (salvo la Zona del Canal) y se coronó en las postrimerías de su legislatura con el sacrificio de su Jefe, Nokrachi Pachá (asesinado el 28 de diciembre de 1948), hacían presumir un resultado electoral bien diferente. Decíase que el «Wafd», cuya etimología es «Comisión», por haber sido tal en sus comienzos, creada para negociar la independencia de Egipto, no tenía razón alguna de ser una vez conseguido este primordial objetivo; que su no confesado pero práctico republicanismo, agravado por la antipatía personal bien conocida entre su Jefe, Nahas Pachá, y el actual monarca, le habían enajenado valiosos apoyos de la saltas esferas palaciegas y capitalistas; que su espíritu de disciplina y caudillaje, heredados de los días de la lucha antibritánica, le hacía sospechoso de concomitancias fascistas... y tantas otras argumentaciones de los peritos que, como tan a menudo acontece, se han visto rotundamente contradichas por el recuento de las papeletas en las urnas. Dieron estas al Wafdisimo, en el escrutinio definitivo, 228 puestos contra los 24 obtenidos por los saadistas, 23 por los liberales constitucionales (los dos partidos salientes que usufructuaron el Poder desde hacía casi tres lustros), 29 por los independientes, cuatro por los nacionalistas y uno por los socialistas. Nuevamente, pues, izóse al primer plano de la actualidad mediorienta la figura de su Jefe incontestado, Mustafá Nahas Pachá, sucesor del fundador del partido, el viejo Saad Zaghlú, el artífice de la independencia que, muerto sin haberla visto lograda en 1927, sigue siendo la más venerada personalidad del Egipto moderno, tabú intangible hasta para los más osados. Suya ha sido, en el fondo, la victoria de 1950, como todas las que hayan de obtenerse en este país por la vía popular, pues la masa oriental, más que ningun-

na otra, se encariña mucho más fácilmente por el mito de un hombre que por un programa político. Su sucesor Nahas Pachá, en rigor, carece de tal programa, dado que el básico wafdistas de la libertad nacional se halla casi colmado y, desde luego, nadie se le disputa. Ha aprovechado, empero, la aureola valiosísima de la amistad personal con el viejo Jefe desaparecido, el recuerdo del cautiverio con él compartido en las islas Seychelles y en las mazmorras inglesas, las posturas y hasta los *tics* del mítico «Pachá aldeano» y todo esto le basta para obtener un poder parlamentario y popular omnímodo.

Generalmente considérase en Occidente al Wafdisimo como un partido ultranacionalista y xenóforo, y eso sólo es a medias verdad, juzgando con perspectivas hoy arcaicas. Lo fué, ciertamente, en sus días heroicos, cuando a raíz de la primera guerra mundial se jugaba en las calles de El Cairo y Alejandría la definitiva baza de la independencia patria. Pero entonces, nacionalistas furibundos y xenóforos lo eran todos los egipcios patriotas, motivo por el cual, para los no iniciados, «wafdisimo» y nacionalismo vienen a ser términos sinónimos; en cierto modo, esta sinonimia aparente es lo que ahora le ha dado la victoria, pues lo es de hecho para la gran masa poco apta para discernir más sutiles matices. En realidad y en buenos principios, el Wafd no es actualmente más nacionalista que los otros partidos del país, pues en él han de expresarse en nacionalismo fanático hasta los propios comunistas; su originalidad y su fuerza es, además del prestigio histórico cerca de la masa egipcia, la más rutinaria del orbe, la perfección de su organización y disciplina. En tanto que los partidos nacen y mueren en Egipto cada semestre, en torno a cualquier que puede costearse un periódico y una banda de vociferantes estudiantes universitarios, el Wafd tiene una ejecutoria de más de treinta años de existencia y cuadros permanentes rígidamente jerarquizados. Por eso, cuando Inglaterra ha visto llegar los momentos cruciales de su historia en el Medio Oriente, por ejemplo, en ocasión de la firma del Tratado anglo-egipcio de 26 de agosto de 1936, y en el de la segunda guerra mundial, en 1941, ha exigido la presencia y garantía del Jefe wafdistas en los acuerdos, sabiendo que las otras organizaciones y personalidades se esquivan y esfumán como nubes veraniegas, y que más vale un enemigo conocido que amigos volubles e inseguros.

La subida de Nahas Pachá al Poder, reconciliado con la Corona y ya tratando de igual a igual a sus antiguos inconciliables enemigos los ingleses, se va haciendo notar por varias significativas medidas. La primera de todas y más trascendental en la esfera de política exterior, es la del aumento de los gastos del presupuesto de guerra en la fabulosa proporción de seis a cincuenta y dos millones de libras (la egipcia está de hecho parificada a la esterlina). Es debido ello a su esfuerzo en conjurar el desprestigio que sobre el país había atraído el desastroso fin

de la reciente campaña palestinese, achacable, entre otras causas, al deplorable estado de las armas y pertrechos de los ejércitos nacionales. El Wafd, cuyo éxito se debe también en gran parte al fracaso militar del régimen anterior, quiere así reparar sus deficiencias en este aspecto y apuntalar el prestigio tan duramente quebrantado.

Otra medida wafdista de gran importancia, en lo interior, fué la del levantamiento, el 10 de febrero, de la clandestinidad en que se hallaba la Secta de los Hermanos Musulmanes («Al-Iwan-El-Muslimun») desde que se les achacaba el asesinato de Nokrachi Pachá. El fanatismo, bien conocido, de la Hermandad, cuyo nuevo jefe es el Cheik Mustafá Moomen, sucesor del también asesinado El Banna, no concuerda con el nacionalismo wafdista, y su liberación no ha de interpretarse como simpatía o posible concomitancia entre ambas ideologías. Son ellas incompatibles por esencia al conculgar la Hermandad en el credo panislámico integral y persistir el wafdisimo en el marco del nacionalismo egipcio, estrictamente geográfico y en ningún modo confesional. Viejo conspirador él mismo, presume Nahas Pachá que la clandestinidad fortalece, antes que debilita, las pasiones partidistas, temiendo que con la persecución anterior lograra la Hermandad una aureola popular como la que obtuvo el propio Wafd cuando se vió en las mismas circunstancias. Por lo demás, el nuevo Gobierno no se da demasiada prisa en cumplir sus reiteradas promesas de liberalizar las instituciones, pues aún no ha derogado la ley marcial, ni siquiera abolido las censuras postal y de prensa, bajo el pretexto de que el armisticio no es la paz.

Aun sin confesarlo, mejor dicho, proclamando lo contrario, Nahas Pachá parece seguir en relación con los Estados árabes del Medio Oriente una política de escaso entusiasmo unionista. Sus resabios de formación cultural occidental y el nacionalismo angosto de su ideal, le hacen escéptico frente a las ideologías de los dirigentes del panarabismo, tanto en lo que tienen de quimeras como en sus maniobras más inconcesables. La Liga Árabe, que Egipto sufraga en razón del 42 por 100 de su coste, está muy lejos de proporcionar al país las ventajas que sus inspiradores de 1915 habían imaginado. Sin romper con ella ni darla el golpe de gracia, al menos mientras la Secretaría y sesiones sigan radicando en El Cairo y su Secretario siga siendo un egipcio como lo es Abderramán Az-zam Pachá, su encanto ha tiempo que se ha roto, y la vida de la organización es ya tan lánguida, burocratizada y artificiosa como la de su hermana mayor la O. N. U. La desgana del Wafd por vigorizarla no ha de dejar de acarrear dificultades para su ulterior vitalidad, siendo de prever que a la primera contrariedad que suscite a Egipto perezca sin pena ni gloria. No hay que olvidar que el fundador del wafdisimo, el profético Saad Zohglu, definió humorísticamente el panarabismo con la fórmula de «cero más cero, igual a cero». Su sucesor Nahas, devoto de él y también oriundo de una estirpe de sagaces y realistas aldeanos (na-

ció en 1879 en el villorrio de Sananond, en el Delta), es enemigo nato de entelequias, retóricas y utopías románticas, no dejándose deslumbrar con las fantasmagóricas alusiones al restablecimiento de los esplendores de Omeyas y Fatimitas. Todo lo fía en el lento progreso y riqueza interior, en la instrucción, las medidas económicas y la higiene, siendo prendas de esta política de «carlostercerismo» en que Egipto ha de encarrilarse, el nombramiento de Mohamed Saleh El Din Bey para el Ministerio de Asuntos Exteriores y el del profesor Tahas Hussein, el filósofo ciego, para el de Instrucción Pública, los más apegados de sus colaboradores al terruño nacional en una dimensión localista que algunos denominan «faraonismo».

* * *

La posición aislacionista y pacifista del Egipto wafdistas ha repercutido en el Medio Oriente en un sentido de desatamiento de concupiscencias. Sabiendo o presumiendo que El Cairo se inhibirá de tomar medidas extremas en asuntos que no le atañen (del continente asiático, los pequeños países de éste se aprestan a satisfacer sus más peligrosas apatencias, que sólo el temor a una eficaz intervención egipcia contiene. Al margen de las florituras de la oratoria de la Liga Árabe, reunida en El Cairo el 20 de marzo, vuelven a encontrarse las diferencias inconciliables entre la dinastía haschemita y la saudita, dominante aquélla en Irak y Jordania y protectora ésta, desde su fortaleza de Arabia, de Siria y del Yemen. La dirección activa de esta política de aventuras la asume el rey Abdullah de Jordania, que el 27 de enero osó uno de sus más atrevidos y espectaculares golpes de audacia: la abolición de la Palestina árabe («Filistina») y la concesión automática de la ciudadanía jordanense a todos sus habitantes, con incorporación de personas y tierras a su reino. Accesoión sin precedentes, teniendo en cuenta que lo añadido es de un volumen e importancia bastante superior a lo preexistente, de 750.000 habitantes de la antigua Palestina contra 400.000 de la original Transjordania. Su nombre oficial desde el 3 de abril es el de «Provincia Occidental del Reino Haschemita de Jordania». La Liga encajó el golpe con la impavidez característica de esta clase de organismos ante las audacias del «fait accompli», es decir, multiplicando los discursos y agudizando las sutilezas para no acordar la expulsión del miembro rebelde y bautizar su acto como «medida administrativa» de carácter provisional. Para guardar las formas, el rey Abdullah convocó elecciones en sus nuevos dilatados dominios para el 11 de abril, con 300.000 electores registrados en provisión de los puestos, que se han distribuído así: 27 árabes musulmanes, siete árabes cristianos, dos circasianos y otros dos nómadas beduinos. La perfecta igualdad de puestos en las provincias palestineses

y trasjordanas quedaba garantizado, no sin ciertas protestas de las primeras, que al ser numéricamente mayores, resultan obviamente perjudicadas por la pretendida igualdad.

En la nueva Jordania así acrecida han sobrevenido otros cambios políticos interesantes. En el interior, el partido gubernamental «El Nahda» («Renacer») se ha fundido al comenzar el año con el antiguo liberal «El Akhrar» («Libertad»), constituyendo el bloque tácticamente un partido único, pues los opositores que se toleran han de llevar el genérico e incoloro nombre de «independientes». El jefe de éstos, de un antiguobernalismo templado, es el moderado Shafik Bey Raschidat. Pero la verdadera resistencia al Poder dominante en Jordania no radica en el interior del país, sino más allá de sus fronteras, centrándose especialmente en Gaza, en torno al jefe de la Palestina árabe independiente, el Gran Mufti Hussein, y su testaferro el Cheik Kamal Ureikat. De los propiamente jordanenses, la cabeza visible de la oposición la constituye el antiguo caudillo de la Legión Árabe, Abdillah El-Tel, conquistador de Jerusalén, que en los albores del presente año desertó a Egipto como protesta contra las pretendidas concomitancias del Rey Abdullah con los israelitas.

El desusado crecimiento de Jordania parece querer tener un inmediato reflejo en el prestigio exterior del país, tendiendo a este fin dos medidas acordadas por S. M. Haschemita en el transcurso del mes de abril: una, la creación de una alta condecoración nacional, reservada a los príncipes y caudillos victoriosos, titulada «Al Iftikbar Al Askari», y otra, de tipo económico, la puesta en circulación de una nueva divisa monetaria —el dinar jordanense—, que está prevista para fecha próxima, aun no fijada.

* * *

En las repúblicas nórdicas de Líbano y Siria, hace poco fraternas, el nuevo año ha acrecido sus diferencias, que culminaron en enero con el grave acuerdo del Gobierno sirio del coronel Chikakli suspendiendo los suministros de cereales al Líbano. En la misma fecha, el atentado frustrado contra el Presidente de este último país, Riad El Solh, por el populista Tewfik Rafah Hamdan, con evidentes concomitancias damasceñas, ha ocasionado la ruptura de relaciones y hasta hecho temer la guerra a no ser que otros riesgos mayores no amenazaran a ambos: el del vecino Israel y el de las apetencias de Jordania. Conjurado el conflicto abierto, todas las rivalidades desembocan en lo económico, con la congelación de 44 millones de libras sirias en el Líbano y la angustiada búsqueda de nuevos mercados de éste en el exterior. Los libaneses han acordado en abril un tratado económico de gran importancia con el Irak,

negociado directamente por los dos Presidentes de Consejo, Riad El Solh y Tewfik El Suedy Bey, con doble sistema de trueque y «clearing», tránsito y zonas libres en Trípoli y Beyrut y cooperación judicial y policíaca. Nuevos acuerdos de este género, para evitar suspicacias de una aproximación demasiado ostentosa hacia los haschemitas, están en curso entre Riad El Solh y el Monarca saudita de Arabia. Con todo y con eso, la situación económica libanesa deja de ser halagüeña, con un déficit crónico en su balanza comercial que acusa últimamente el ritmo de 500 millones de libras anuales. Se trata de enjugarlo el presente año, según declaró el Presidente Solh a la Cámara en marzo, mediante compras de oro en moneda y lingotes sobre el mercado libre de Beyrut, operación que alcanza ya una cobertura monetaria estimada oficialmente en 25,29 por 100, contra un 2 por 100 en las postrimerías de 1949. Todas las esperanzas del Gobierno se hallan puestas en el ahora negociado tratado americano, aunque no ratificado, y quizá más todavía en la protección económica que para el país suponen las obras del gran oleoducto de la «Tap-Line», ya en curso. En base a estas perspectivas, el presupuesto de este año totaliza 77.850.000 libras libanesas, contra 75.000.000 del de 1949.

En Siria las perspectivas económicas y políticas son aún más desfavorables quizá que en el Líbano, aunque con la ventaja, siempre capital, de la propia suficiencia agrícola mínima. Aun no repuesto el país del tercer golpe de Estado, el del Coronel Abdel Chikakli (de 19 de diciembre último), su Gobierno, presidido por Khaled El Azem Bey, no se ha decidido a recibir en su seno al antiguo Presidente El Kuataly, desposeído por El Zaim en el primer golpe de marzo de 1949. Sigue, pues, éste en el dorado exilio de El Cairo; pero los nuevos dirigentes sirios extreman sus halagos al Gobierno de Egipto, erigido en su protector. El Gran Cordón de la Orden de los Omeyas ha sido concedido a su majestad el Rey Faruk, y el propio Presidente El Azem ha de desplazarse al Cairo para portarle las insignias. Igual honor ha sido acordado al Rey de la Arabia, Ibn Saud, y en esta ocasión con resultados más prácticos, pues el viejo monarca es el protector nato de la pequeña Siria contra las ambiciones imperialistas de los haschemitas. Para salvar de la inminente ruina a la república y no hacerla demasiado fácil presa de ellos, el saudita la ha concedido en febrero un empréstito de diez millones de dólares y la cesión del importante material y equipos que a él le sirvieron para la construcción del puerto de Djeddah, y que ahora han de emplearse en el sirio de Lattaquie, el futuro rival del libanés Beyrut. Prosigue en Damasco la Asamblea Constituyente y sin elaborar la prometida Constitución ni restaurarse formalmente la que fué rota por la espada, efímeramente victoriosa, de El Zaim.

* * *

En Irak, los problemas más recientemente suscitados son predominantemente políticos; los financieros, suficientemente resueltos por la progresión de sus riquezas petrolíferas, que, con la recientísima ampliación de los campos de Kirkuk, se estiman inmediatamente incrementadas en un 50 por 100 de productividad. En cambio, complicanse cada vez más en el reino las intrigas de unión con Siria, tomando esta vez la iniciativa Bagdad, que trata de ganar la partida a Amman, con el consiguiente riesgo de escisión entre ambas ramas de la dinastía haschemita. El Gobierno de El Pachachi creyó haber ganado para tales fines el definitivo apoyo de Egipto, y a tal objeto tendieron las largas conversaciones tenidas personalmente por él en El Cairo. Al fracasar éstas, quizá definitivamente por la subida al Poder de los wafdistas, preocupados con sus planes de restauración interior, la crisis gubernamental en Bagdad se ha hecho inevitable, subiendo a la Presidencia del Gobierno irakiano, en enero, Tewfik Suedi. Tras de él se dice que quien gobierna es el moderado Nuri El Said Pachá, artífice de la amistad con Inglaterra y de la paz con Palestina, lo que, de ser cierto, supondría una pausa en las inmediatas ambiciones imperialistas.

* * *

La atención del Medio Oriente y aun de buena parte del mundo sigue centrada en Israel, que prosigue su juvenil vida de Estado soberano bajo los mejores auspicios. El 1.º de año coincidió con el traslado de la capitalidad simbólica de Tel-Aviv a Jerusalén, donde el 1 de febrero quedaron instalados los más esenciales servicios gubernamentales en el edificio de la antigua Agencia Judía. Tratándose, una vez más, de presentar hechos consumados a la O. N. U., las pretensiones israelitas sobre su capital histórica no cesan, aunque de momento parecen limitarse a la parte que le queda atribuida en el plan «Carrau» de reparto (la zona árabe, la israelita y la internacionalizada de los Santos Lugares, según el Proyecto sometido el 19 de marzo al Consejo de Tutela). En tanto que este grave asunto se resuelve, en Ginebra o fuera de ella, Israel se ha apuntado en el cuatrimestre dos triunfos de las más trascendentales consecuencias. El 15 de febrero, en que caducaba oficialmente la tregua con Egipto, la paz *de facto* prosiguió, y por añadidura, poco después, mientras en abril discutía la Liga Árabe la improcedencia de los tratos unilaterales fuera de su órbita, Tel-Aviv y El Cairo se han repartido amigablemente el «No man's Land» entre Gaza (ocupada por los egipcios) y el territorio israelita del armisticio, en una extensión estimada en 60 kilómetros cuadrados. Formalmente el reparto ha sido hecho por los jefes militares, sin públicos acuerdos gubernamentales, y se dice que con el tácito beneplácito de la Comisión de Tregua de la O. N. U.

No menos sensacional que el aludido acto ha sido el coetáneo del

Gobierno israelita de decidir la inmediata construcción de un oleoducto que desde el golfo de Akaba, en el Mar Rojo, transporte el precioso líquido a sus grandes refinerías de Haiffa, exhaustas por el bloqueo árabe, que no permite el tránsito por el canal de Suez. De este modo se aumentan indefinidamente las posibilidades económicas de Israel y, sobre todo, la independizan del control egipcio, que era para éstos la gran baza en el juego de su política palestinese.

Al lado de las oficiales negociaciones de Israel con los Gobiernos árabes en el marco de la O. N. U. y de los más o menos misteriosos contactos directos, Tel-Aviv no descuida el quizá más eficaz a la larga, del propio pueblo musulmán radicante en su territorio. Unos 120.000 árabes palestineses viven ya en él, aunque más del triple de dicha población sigue en el exilio en las condiciones de la mayor miseria. Negándose en rotundo los israelitas a la readmisión impuesta y en bloque, actualmente se trata de captar la cooperación y lealtad de esa masa en el interior; política que ha culminado en febrero con el nombramiento de Gran Cadí de Jerusalén, recaído en la persona del Cheik Taber Tabari, que de este modo ha aceptado de hecho la soberanía israelita.

Los árabes palestineses, ante la doble defección de los que quieren tornar a Israel y de los que se acogen a la soberanía de Jordania, conservan aún ciertos gestos de independencia, aunque cada vez menos vigorosos. Entregado el Gran Muftí Hussein desde su fantasma Gobierno de Gaza a la causa egipcia, y de hecho incorporado al reino, el caudillaje actual de los palestineses independientes está personificado en Abdallah Rimaway, igualmente opuesto a Tel-Aviv y a Amman. Su fuerza es mínima, y su órgano, *El Bahat*, de eco insignificante, pues los verdaderos dirigentes de los árabes palestineses siguen siendo, hoy como siempre, las grandes familias tribales, tales como la de los Nachachibis, de Jerusalén; de los Tonkaii, de Naplusa; los Baudck, de Belén, y los Jaharabis, de Hebrón. En ganárselas estriban los esfuerzos rivales de los diplomáticos jordancenses, egipcios e israelitas. Finalmente, el comunismo moscovita no desperdicia tampoco la ocasión, como era de imaginar, estimando buena presa la miseria e ignorancia, así como la perplejidad de los refugiados árabes, contemplando con simpatía la erección de un nuevo diminuto Estado, que añadiría complicaciones y fragmentaría todavía más eficazmente el ya tan atomizado mosaico mediorienta.

* * *

Aludido el tema comunista, forzoso es cerrar esta crónica con la referencia a la postura política actual del Medio Oriente en la decisiva pugna entre los formidables bloques anglosajón y eslavo. En ella se resume, como es obvio, el presente e inmediato porvenir del mundo, y la

toma de posición del Medio Oriente, con su trascendencia económica y estratégica, puede resultar de primerísima importancia.

El conocido IV Punto del Programa de Truman, consistente en la elevación del nivel de vida de los pueblos económicamente débiles para inmunizarlos contra las asechanzas comunistas, ha sido demasiado a menudo interpretado en Oriente como una fácil y alegre fuente de inagotables ingresos para los más privilegiados o avisados. Mas como quiera que, como era de esperar, la riada de dólares, en lugar de acrecentar la riqueza de los países creando industrias, fertilizando desiertos y saneando ciudades, no ha servido más que para multiplicar los coches americanos de lujo en las grandes urbes, la reacción no ha tardado en hacerse esperar, hábilmente encauzada por los rusos hacia el antiamericanismo. El pueblo árabe, y buena parte de sus dirigentes, es providencialista por temperamento y destino histórico, y esta actitud hubo un día que se dirigió al ídolo americano confiando ciegamente en su poderío y riqueza para la milagrosa resolución de todos sus problemas. Al salir de su error por no haber sido satisfechas todas las ambiciones: el reparto de las colonias italianas, la incorporación de Sudán a Egipto, la libertad del Norte de África y, sobre todo, por el despecho ante los éxitos de Israel, las esperanzas defraudadas toman a veces caracteres peligrosos, amagando con cambiar el centro de devociones de Wáshington por el de Moscú. Y no se trata de una posición de las masas, inmunizadas aún por su propio primitivismo a los halagos del marxismo, sino de la de no pocos dirigentes, que, anticomunistas por convicción y conveniencia, estiman que es provechoso jugar la «carta roja», aunque no fuere más que para estimular el flujo del oro americano si llegara a estancarse. Me limitaré a citar algunos casos bien significativos y recientes. Uno de ellos es el del emir Abd-El-Krim, el cabecilla rifeño, refugiado en El Cairo, quien en 8 de febrero ha hecho públicamente graves declaraciones al periódico *Akher Lahza*, de dicha ciudad, en las que se dice: «El Presidente Roosevelt había prometido que América no aprobaría el mantenimiento del imperialismo europeo en África del Norte, pero sus sucesores han renegado tal promesa; los árabes hemos aprendido de los Estados democráticos muchas cosas, entre ellas que para salvarse no dudaron en aliarse con la Rusia comunista; nadie nos impide seguir la lección, y para conseguir nuestros fines de libertad nos aliaríamos con Satán mismo, si fuese necesario.» En círculos aun más responsables y elevados, un lenguaje semejante se ha hecho igualmente oír. Así, Maroug El Dahualibi, Ministro de Hacienda de Siria, hizo en abril una sensacional declaración en el sentido de recomendar la conclusión de un pacto de no agresión con la U. R. S. S.; aunque el Presidente El Azem Bey lo desautorizó, diciendo no haber sido consultado, añadió significativamente que «por su parte no creía en el peligro del comunismo, que debe ser

combatido por medidas y reformas interiores, independientemente de las necesidades de la política exterior».

En Bagdad mismo no se desdén tampoco la eventualidad de hacer valer el juego de la «carta roja», que, por otra parte, es en Teherán la política de cada día. El Presidente del Consejo irakiano, El Scudy Bey, de regreso a Bagdad tras su participación en la Liga Árabe, comentó en abril ante un corresponsal de la «United Press» americana que «los rumores del famoso pacto árabe-soviético no tenían gran fundamento de momento, pero que el solo hecho de que los hubiera probaba el grado de desesperación a que la condición del mundo árabe había llegado».

Ante el precitado estado de opinión, del que los tres recientes ejemplos son sólo una muestra, muchos comentaristas extranjeros se conforman con achacarlo a una modalidad de puro chantaje. Que sea un medio para atraer la atención financiera de América hacia esta región, parece, en efecto, cosa descontada; pero no por eso resulta menor la peligrosidad del juego. Si hoy por hoy los que tal dicen no lo piensan, puede cualquier día llegar quien lo piense también... y lo haga. Para prevenir tan catastrófico riesgo, mucho mayor aquí que en parte alguna, por la proximidad de las divisiones stalinianas, se convocó, al parecer, la Conferencia diplomática y consular americana en El Cairo el 7 de marzo último, bajo la presidencia del Embajador en dicha capital, Jefferson Caffery; es decir, tres días antes del señalado para la reunión de la Liga. Sus resultados no son conocidos; pero es opinión general que se tratase del mejor modo de ayudar al levantamiento de la potencialidad económica del Medio Oriente, en trance de tan grave crisis. La triste experiencia de la China nacionalista, que tan deplorable uso hizo de las generosidades americanas, habrá quizá servido de saludable norma futura de conducta. No han de ser, ciertamente, los «Packards» de los pachás, como no lo fueron los de los mandarines y generales de Chang, los que contengan las divisiones acorazadas rojas, y si de algo ha de valer la ayuda económica yanqui, ha de dirigirse, no a distribuir riqueza, sino a crearla. Y como no hay tal riqueza sin paz, consolidar ésta por todos los medios, aunque fueren los de la conservación del precario *statu quo* existente.

ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS.

III. - CRONOLOGIA INTERNACIONAL

